

# LA FAMILIA ZULOAGA

POR EL

MARQUÉS DE LOZOYA



PATRONATO DEL MUSEO ZULOAGA

G-F 7986





D G C L  
A

LA FAMILIA ZULOAGA



C. 1169000

t. 104540



# LA FAMILIA ZULOAGA

POR

EL MARQUES DE LOZOYA

Extracto de la conferencia pronunciada  
en el Instituto Diego de Colmenares,  
el 7 de mayo de 1949.



PATRONATO DEL MUSEO ZULOAGA

# LA FAMILIA ZULOAGA

1929

EL MARQUES DE LOYOYA

Excmo. Sr. D. Juan de Zuloaga y Arana  
en el Instituto Vasco de Estudios  
el 5 de mayo de 1929

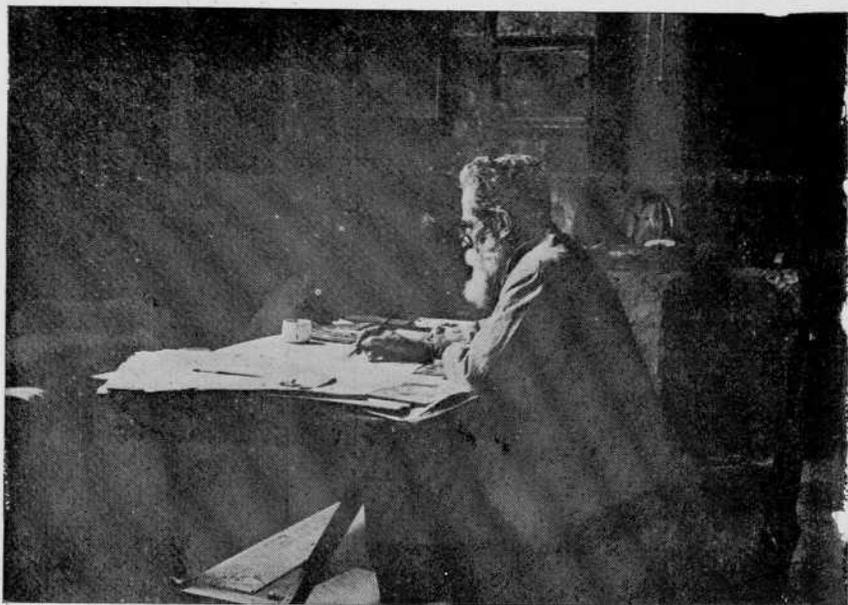


---

Segovia.—Imp. GABEL.—Grabador Espinosa, 8. — 1950



R. 101287



D. Daniel Zuloaga (1852-1921)



[D. Daniel Zuloaga en el Parral, hacia 1895

Si es nuestra España todavía, a pesar de una almoneda que duró por espacio de un siglo, el país de Europa en que es más densa la acumulación de tesoros de arte, es preciso reconocer que esta profusión es más notable en las artes ornamentales. La cantidad de objetos suntuarios que existe en España, es desproporcionada a las posibilidades económicas del país. Las joyas fenicias o ibéricas, las sedas brochadas de Almería, la cerámica dorada de Málaga y de Manises, luego las tallas y los hierros forjados góticos o del Renacimiento, las artes del márfil, de la orfebrería o de los esmaltes. Este primor en el trabajo artístico propio del pueblo español, se debe, sin duda a la influencia de oriente, donde permanece un concepto antieconómico de la tarea que subordina el tiempo—y por consiguiente la ganancia—a la perfección de la obra; al ejemplo del trabajo monástico y a la acción tutelar de los gremios que con las instituciones del aprendizaje, del examen y de los veedores, dignificaban el trabajo y perfeccionaban la experiencia del pasado en una tradición siempre viva. De todo ello se deduce una maravillosa artesanía en que cada pieza tiene su personalidad propia, el espíritu que la infunde el artífice, que ha dejado en ella algo de su alma.

Este concepto de la artesanía se desvincula en los primeros años del siglo xix. Todavía el xviii es un gran siglo, con sus maravillosas sedas floridas de Valencia, con las lozas de Talavera y de Alcora, con las tallas doradas de muebles y de retablos. Las fábricas Reales del Retiro y de San Ildefonso, llegan a una perfección técnica aún no superada. Al suprimir los gremios en 1814, las Cortes de Cádiz rompen con la fecunda tradición del régimen del trabajo y, por otra parte, cambia en toda Euro-

pa el concepto de las artes suntuarias. No se trata ya de producir, a cualquier costa, una obra bella, sino una pieza que encuentre fácil mercado por su calidad y su baratura. Cada día un nuevo progreso de la Industria favorece la fabricación de objetos en serie, en cuya elaboración, el obrero deja su trabajo, pero ningún destello de su alma, pues la máquina se interpone entre el-hombre y la pieza. Telas estampadas, cerámicas decoradas con calcomanías, metales fundidos que llenan las necesidades de la vida y aún las apetencias del lujo, pero que carecen de todo valor humano.

En este terreno, España se encuentra en situación desfavorable. No inventa nada y se limita a copiar con desmaña lo que viene de fuera. El país más rico del mundo en tradición ornamental, queda reducido a una situación provinciana y obligado a importar los bellos objetos que la industria, más refinada, de otros países, ha alcanzado a producir: porcelanas de Sévres o de Limoges, sedas de Lyon, muebles ingleses. Resultan estériles los esfuerzos para ponerse de alguna manera al nivel de los países de prestigio deslumbrador: la fábrica de porcelana de Pasajes; las de loza de Sargadelos y de la Cartuja. Solamente se salva la tradición española, olvidada de todos, en lo popular; en la obra de alfares y de talleres pueblerinos; en esos jarros y en esos platos decorados con imágenes de la Virgen que los arrieros llevan por mercados y ferias; en los bordados de Lagartera, en las alfombras de la Alpujarra, en las rejas y en los utensilios que se forjan en las fraguas de las aldeas.

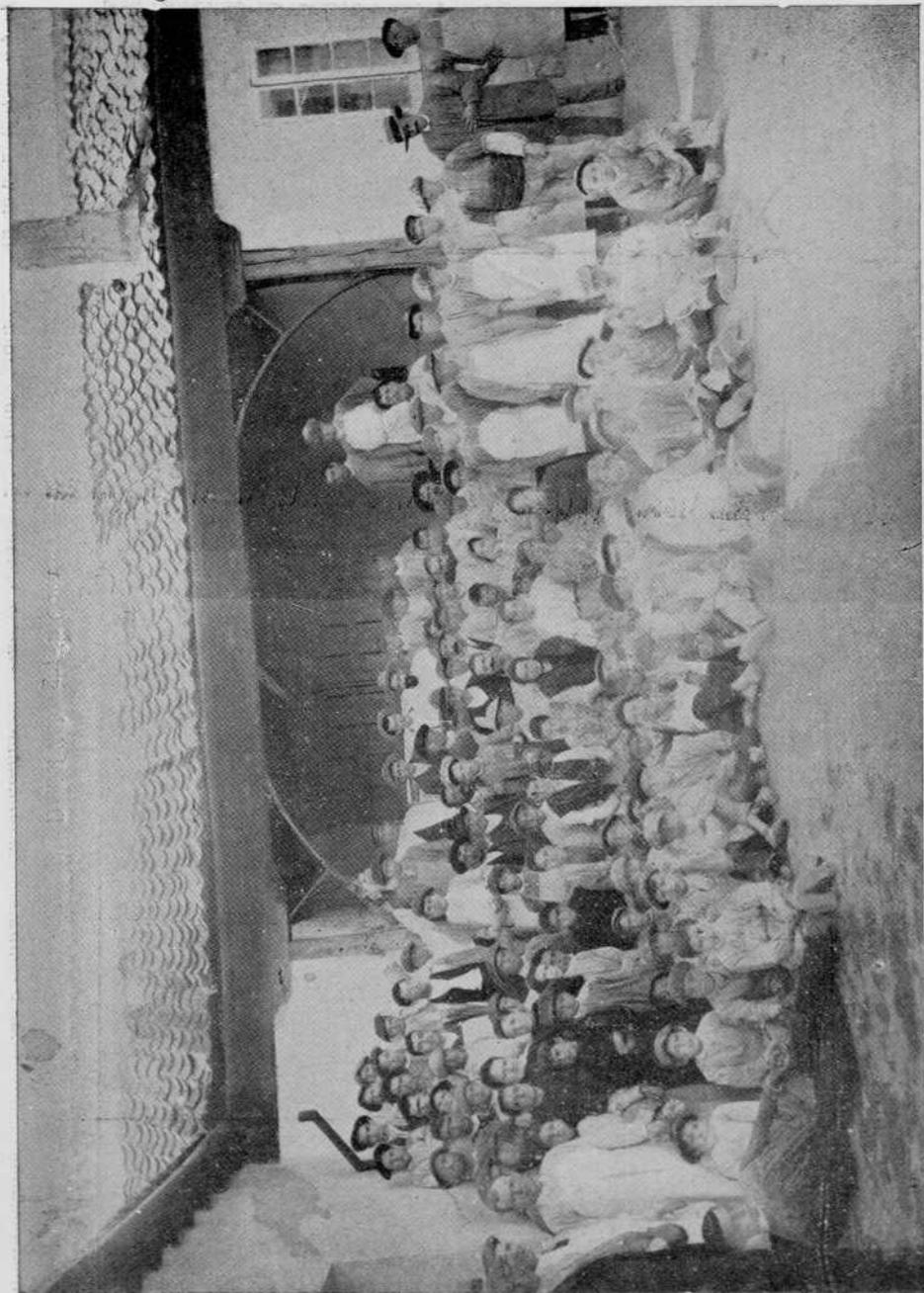
Solamente hay una dinastía en España que recoge el espíritu de los antiguos artesanos y que trabaja como trabajaban los maestros examinados en los gremios o los monjes en los talleres conventuales, poniendo toda su alma en cada una de sus creaciones. Esta familia, que llena todo el siglo, es la estirpe vasca de los Zuloagas. El país vasco, de tan vieja tradición en la herrería, había ido perfeccionando a lo largo del siglo XVIII, sus procedimientos en la labra del metal, sobre todo, en las villas de Plasencia, de Eibar y de Elgoibar, en la última de las cuales, se forjaron las verjas, de tan esbelta y graciosa traza, de nuestra Catedral. En Plasencia y en Eibar, se centró, en la segunda mitad de la centuria, la fabricación de armas blancas

y de fuego de gran lujo, que exigía artistas hábiles en el cincelado y en la técnica, del adorno embutido de oro sobre el acero. Era un sistema de viejísimos precedentes peninsulares, pues ya se encuentra empleado en las armas célticas de la Edad del Hierro, pero los armeros vascos lo aprendieron seguramente, de los modelos llegados de oriente, acaso de las armas turcas que figuraban en nuestros trofeos. De oriente aprendieron también el sistema que por su lujo severo y elegante se aviene bien con la gravedad española, los armeros de Milán y de Augsburgo, cuyas obras maestras figuran en la Real Armería. Un hidalgo eibarrés de ilustre linaje, cuya torre solariega se conservaba hace poco tiempo, fué armero de los Reales Guardias de Corps, y sus cañones de escopeta, labrados con hierro batido de herraduras, eran buscados como un tesoro por los cazadores de toda España. Se llamaba don Blas Zuloaga. Su hijo Eusebio, nacido ya en Madrid (1808-1898), fué pensionado por Fernando VII, cuyas preocupaciones artísticas le redimen de muchos errores, para visitar los principales talleres de Europa. En él, como en su padre, se advierten las cualidades de todos los Zuloagas: su amor al oficio, su afán por conocer y perfeccionar las fórmulas más exquisitas y por conocer cuanto en su género se hacía fuera de España, con un patriotismo amplio y abierto, tan distinto del cerril nacionalismo ibérico. Su verdadera escuela fué, sin embargo, la Real Armería de Madrid, en cuyas piezas, forjadores alemanes e italianos, llegaron hasta donde se puede llegar en el manejo de los metales. En 1840, fundó en Eibar, una fábrica de armas de lujo y de objetos de arte cuyas formas, con el eclecticismo propio de la época, procuraban resumir los temas del Renacimiento «Carlos V», con los lazos y las tracerías moriscas, conservando siempre la austera riqueza de las ataujias de oro sobre el acero pavonado. En la famosa exposición de Madrid de 1845, síntesis de los esplendores isabelinos, obtuvo la medalla de oro. El año de 1851 es el de su gran triunfo en Londres. En la gran exposición de París de 1855, en que toda Europa se congregó bajo los auspicios de Napoleón III y de Eugenia de Guzmán, consiguió la medalla de honor y su trabajo fué reputado como lo más interesante presentado al certamen en artes decorativas. Eusebio Zuloaga es el primer artista espa-

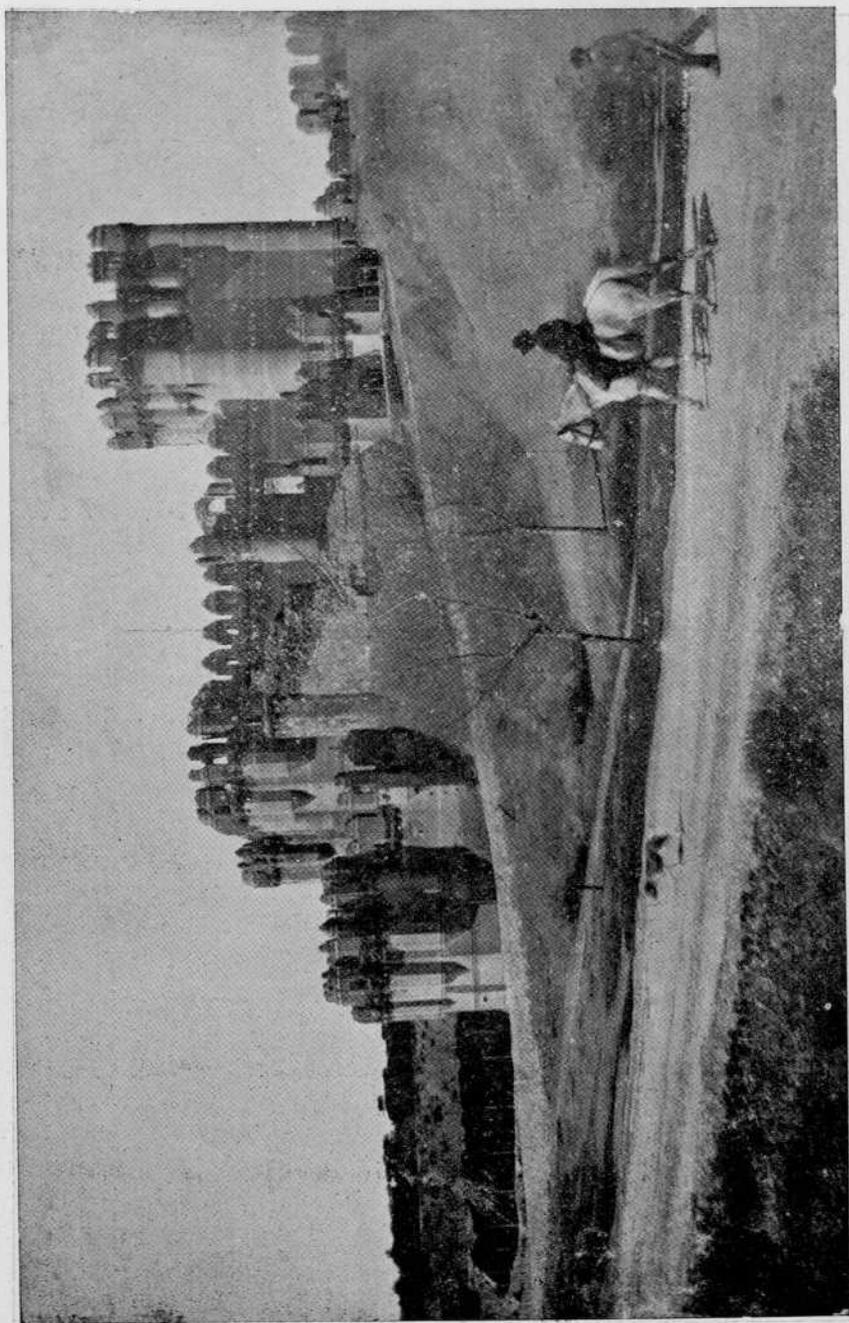
ñol del siglo XIX que, antes que Fortuny y que Pradilla, alcanza renombre internacional. Sus posibilidades y sus ambiciones sobrepasaban ya el tranquilo ambiente eibarrés y se establece en Madrid, donde fué el artífice favorito de Isabel II y de Alfonso XII. Sus obras se escogían para regalos de Corte y algunas, como la gran rodela, figuran en la Armería Real al lado de las de los Colman. Muchas de éstas fueron las que salieron de España y se han perdido, pero no es difícil encontrar su imagen en «*El Museo Universal*» o «*La Ilustración Española y Americana*».

Todos los hijos de Eusebio se consagraron a las artes decorativas, que eran para ellos la suprema razón de vivir. Uno de ellos, Plácido, trabajó al lado de su padre y continuó la carrera de sus triunfos. Más ambicioso, creyó que con el hierro se podría hacer todo y, sacando su materia amada de su función peculiar, labró con ella la máquina desmesurada del sepulcro de Prim, en Atocha. Su arte repercute en la bisutería artística de Eibar y de Toledo, que siguen fabricando para satisfacción de turistas, copias de copias del noble arte de los Zuloagas, y en Segovia, donde Angel Pulido forja en 1897, rejas, lámparas y candelabros para el Cristo de Lozoya.

Otra de las artes decorativas de mayor arraigo en España: la cerámica fué devuelta por los Zuloagas a la olvidada tradición hispánica. Tres hijos de Eusebio, el damasquinador: Daniel, Guillermo y Germán Zuloaga y Boneta, se trasladan a París para estudiar procedimientos cerámicos y, en 1867, en las postrimerías del reinado de D.<sup>a</sup> Isabel II, se instalan en Sévres, donde cursan química con Regnault y Salvetat, técnica de hornos con Millet y pintura con diversos maestros. La catástrofe de 1870, que acaba con los esplendores y refinamientos del segundo Imperio, les devuelve a España, no más sosegada por entonces, pero la Restauración de la Monarquía trae nuevas esperanzas y nuevos afanes. El Conde de Morphy, compañero de juegos y secretario de Alfonso XII, convence al Rey de la conveniencia de restablecer las fábricas Reales que habían realzado el brillo de la Corona borbónica. Se constituye con el Rey, Morphy y los Zuloagas, una sociedad que construye en la Moncloa, donde habían estado las manufacturas de Fernando VII, el gran horno que aún se designa con el gráfico nombre de «la tenaja»



Zuloaga con los obreros de la fábrica de Loza



Daniel Zuloaga, en Coca

(1882). Los tres hermanos utilizarán la sabiduría adquirida ultrapuertos para hallar los procedimientos usados por los viejos ceramistas españoles: loza dorada malagueña o granadina, reflejos metálicos de Manises, azulejos de cuerda rica de Toledo y de Sevilla. En sus laboratorios resucitarán las recetas olvidadas del brillo melado o cobrizo de los alfares moriscos, de los esmaltes y aún de los vidrios policromos. Sus descubrimientos coinciden con la moda que imponen los arquitectos eruditos—que han estudiado los frisos vidriados de Asiria, los aliceres moriscos y las placas de Lucas della Robbia—de decoraciones murales a base de cerámica. Don Ricardo Velázquez Bosco, dirige el Pabellón de Filipinas en el Retiro (1883), el Ministerio de Fomento y la Escuela de Minas, con grandes paneles de loza de la Moncloa. De los hornos de los Zuloagas salen toda clase de cacharros artísticos, como el gran jarrón árabe regalado por Alfonso XII al Emperador de Alemania. El éxito de crítica es extraordinario, pero los tres hermanos, entusiasmados ante la riqueza de motivos ornamentales hispánicos y absortos en sus experiencias, descuidaban demasiado las prosáicas tareas mercantiles. Vino la ruina total y la pérdidas de las reservas acumuladas por tres generaciones. Germán y Guillermo, no sobrevivieron al desastre. Daniel, con tres niños de corta edad, se vió precisado a buscar trabajo. «Trajo la Buena Fortuna cisnes a Tordelaguna», se decía en la Castilla del xvi, aludiendo de los beneficios del buen gobierno de Cisneros. La Buena Fortuna encaminó a Segovia a aquella familia de artistas. En Segovia se habían realizado, utilizando los obreros procedentes de la extinguida fábrica de Sargadelos, diversos intentos de fundar fábricas de cerámica, que enumera don Carlos de Lecea, en sus *«Recuerdos de la antigua industria segoviana»*. El único permanente entre estos intentos, es la que, por antonomasia se sigue llamando «La Fábrica de Loza». Fué fundada por don Melitón Martín, en 1861, y aún perduran, a orillas del Eresma sus edificios, de romántica traza. En 1875, se hizo cargo de la manufactura, don Marcos Vargas, que acentuó su carácter artístico. Daniel Zuloaga (1852-1921), es llamado por don Marcos Vargas, para que aplicase en sus hornos los procedimientos de la Moncloa. Este he-

cho, trascendental para Segovia, tuvo lugar en 1895.

Por lo mismo que había ya corrido mucho mundo, Zuloaga podría, como nadie, captar la belleza de la ciudad. Antonio Ponz, el académico, apenas habrá visto en ella otra cosa que el Acueducto y las inscripciones romanas. José María Quadrado, el gran romántico, la describió con su pluma emocionada ante las ruinas del pasado. Daniel Zuloaga, de sensibilidad aguda, vió la ciudad con ojos nuevos. No era un arqueólogo, sino un artista y, como artista, se enamoró de aquel apiñado caserío contenido entre las murallas y coronado por la mole de la Catedral; de las torres doradas que destacan sobre las sierras azules, de las piedras labradas por artífices humildes y geniales. La contemplación de estas cosas, en sus paseos con el pequeño grupo que le podía comprender—Grinda, Castellarnau, el Deán Miranda—, estimulaba sus tareas en la fábrica. De sus hornos salieron las piezas que integran uno de los más importantes conjuntos decorativos logrados en el siglo XIX: el altar del Cristo de Lozoya en la Catedral (1897) e infinidad de vasijas de arte que iban logrando alta estimación.

En sus búsquedas reparó en una parroquia abandonada: San Juan de los Caballeros. Todavía en su pórtico, hoy convertido en Museo, celebraba sus reuniones la Cofradía de los sastres. El resto, abandonado y en ruinas, iba a correr la suerte de San Pablo, de San Facundo, de tantas bellas iglesias demolidas. Servía la nave de almacén de maderas y de cochera a los carros fúnebres, y por las brechas penetraban los chicos para jugar con las calaveras de damas e hidalgos de los Nobles Linajes. Daniel Zuloaga la compró y estableció en ella su taller. Era un poco un taller de alquimista en el que a diario se realizaba el milagro soñado por el Valdemar Dae, de la novela de Andersen: convertir en oro la arcilla de los campos segovianos. Pasaban los años y San Juan de los Caballeros se iba transformando en un Museo abigarrado y pintoresco de tallas, de muebles y de cacharros. A sus cerámicas llevó toda su visión apasionada de Segovia y dejó sus paisajes y sus tipos en cada una de sus piezas, brillantes como esmaltes y preciosas como joyas, que él contemplaba con inmenso amor

Y Daniel Zuloaga, que, en el umbral de su iglesia románti-

ca comenzó a recibir a príncipes, artistas y potentados de todo el mundo, con su gesto nervioso y altivo, no fué ya el artista que el azar había llevado a Segovia: fué el Señor de la Ciudad. El la señoreaba porque era el único que conocía sus bellezas y era el único en poseerlas, ignoradas por los que pasaban ante ellas, ocupados tan sólo en su afán cotidiano. Ignacio, el hijo de Plácido, que comenzaba a adquirir renombre universal, estableció su estudio en uno de los ábsides y de allí salieron sus lienzos más famosos. Como los maestros de antaño, Daniel enseñó a sus hijos los secretos de su oficio, y Esperanza, Teodora y Juan, fueron capaces de continuar el taller paterno.

Segovia tiene con Daniel Zuloaga una deuda inmensa de gratitud. El la dió su prestigio de gran Ciudad de Arte. El fué el primer mantenedor de la tesis, que hoy sustentamos muchos dentro y fuera de España, de que es nuestra ciudad en algunos de sus aspectos, una de las más bellas cosas que se puedan contemplar sobre la Tierra.





EX LIBRIS

MUSEO ZULOAGA

